

LOS LÍMITES DEL CONOCIMIENTO HISTÓRICO¹

Antes de comenzar resulta normal y necesario pronunciar el elogio de un gran espíritu que ha influido mucho en mi trabajo y, especialmente, en este campo de la filosofía de la historia, el del profesor Henri-Irénéé Marrou, catedrático de Historia del Cristianismo en la Sorbona y autor de varios libros admirables, entre otros *Historia de la educación en la antigüedad* y *Sobre el conocimiento histórico*². Lo que debo a este gran maestro se verá en las notas de este estudio³.

No tengo la ambición de presentarles un breviario de la búsqueda en el campo histórico, sino una serie de reflexiones sobre el oficio del historiador.

Para delimitar bien el asunto les anunciaré que me ocuparé en primer término del papel del historiador, y después de los documentos históricos y de su comprensión, de las hipótesis y de los conceptos en la historiografía, de los límites de la explicación histórica y, para acabar, de la obra histórica en sí misma.

En primer lugar un corolario: la historiografía es inseparable del historiador⁴, del que escribe, de la personalidad del que se ha ocupado de la historia. ¿En qué sentido? La objetividad total es una ilusión, ya que no existe una realidad fuera del historiador. Ella es como él la concibe, y el historiador es un hombre de su época, condicionado por su educación, su

¹ Conferencia pronunciada en las universidades de La Plata, Bahía Blanca y Rosario. Transcripción del texto grabado por el prof. César E. Quiroga Salcedo, a quien agradezco por su amabilidad. Recuerdo también con gratitud la calurosa recepción de la Universidad del Sur y especialmente la del Decano, Prof. Dr. Roberto Etchepareborda.

² *Histoire de l'éducation dans l'antiquité*⁴, París, 1958; *De la connaissance historique*³, París, 1958.

³ También: RAYMOND ARON, *La philosophie critique de l'histoire. Essai sur une théorie allemande de l'histoire*, París, 1938. *Dimensions de la conscience historique*, París, 1961. *L'histoire et ses interprétations. Entretiens autour de Arnold Toynbee sous la direction de Raymond Aron*, París-La Haye, 1961.

⁴ H. I. MARROU, *De la connaissance historique*, cap. II, pp. 51-67.

ámbito social, y quizá por sus aventuras y enfermedades humanas⁵. Veamos algunos ejemplos.

Edward Gibbon nos cuenta las circunstancias en que le vino la idea sobre el *Decline and fall of the Roman Empire*. Fue en 1764, entre las ruinas del Capitolio, cuando había visto a algunos frailes franciscanos que cantaban allí sus salmos. Y en aquel momento voló sobre él lo que fue la grandeza y la decadencia del Imperio.

Mikhail Rostovtzev, que dejó la Rusia después de la revolución de octubre de 1917, pero que había comenzado su carrera científica como materialista bajo la influencia de Plekhanov, y que en seguida fue ilustre profesor de arqueología en los Estados Unidos, escribió uno de aquellos libros capitales que aún perduran: *La historia económica y social del Imperio Romano*⁶. En la tesis principal se puede ver, como a través de una filigrana, la obsesión del ruso exilado. Según él, la caída del Imperio Romano es el resultado del asalto del proletariado a las riquezas de la civilización urbana. Y la conclusión: cuando la cultura se difunde en las masas ¿no existe el peligro de que desaparezca hasta la delicuescencia final? El que conozca la biografía del hombre Rostovtzev se dará cuenta que es el ruso en el destierro quien ha mirado la historia de Roma.

Un gran espíritu y uno de los más agudos conocedores de la historia de Roma, como lo fue André Piganiol⁷, publicó en 1947 su libro titulado *L'Empire chrétien*⁸, el cual termina con esta conclusión: "Roma no ha muerto a causa de una muerte normal, ella fue asesinada". A través de todo el libro de Piganiol se desarrolla la tesis de cómo el Imperio se preparaba con vigor para una evolución que fue interrumpida por factores exteriores. Pero es probable que Piganiol concibió y escribió este libro al principio de los años 1940, es decir, después de la caída de la Francia. La frase citada es como expresar: Francia no ha muerto de una muerte normal sino que ha sido asesinada.

A. Thibaudet nos dice cómo en el tiempo de la primera guerra mundial leía a Tucídides, como lo leía también el gran pensador de la historia Arnold Toynbee. En las discordias de las ciudades griegas los dos han visto y revivido dramáticamente las guerras civiles de nuestro tiempo⁹. Textos permanentes como los versos del coro de los viejos de *Los Persas* de Esquilo

⁵ Por ejemplo la teoría de SIG. FREUD sobre Moses, el egipcio judaizado: *Moses and the Monotheism*, London, 1951, The Hogarth Press.

⁶ Edición inglesa de 1925, italiana de 1933.

⁷ JACQUES HEURGON, *In memoriam. A. Piganiol*, "Revue des études latines", 46 (1968), pp. 49-53.

⁸ París, colección "Clio", Presses universitaires de France.

⁹ H. I. MARROU, *op. cit.*, p. 287.

en los que se pueden oír casi nuestras mismas preocupaciones¹⁰: "nosotros los hombres que somos libres, que no somos esclavos de ningún otro hombre, vamos a pelear por nuestra patria" (versos 591 y sig.).

El profesor Henry Bardou, autor de un gran libro de erudición acerca de *La literatura latina desconocida*¹¹, también en los años de la ocupación de la Francia, después de haber publicado su tesis sobre *Los emperadores y la cultura latina*¹², escribió un estudio que trata del valor del silencio¹³. Ello puede ser un testimonio de protesta en tiempo de tiranía, es decir, de cuando Francia misma estaba reducida al silencio.

N. I. Herescu, en tiempo de su destierro, se ha ocupado de Ovidio y de Cicerón. Y es imposible leer sus estudios sobre el epitafio del sulmonense y sobre los tres destierros del arpinate sin descubrir entre las líneas algunas referencias a su propio destino¹⁴. Porque el *fatum* de N. I. Herescu fue al mismo tiempo ovidiano y ciceroniano.

Yo mismo he escrito una tesis acerca de la Dacia sin Roma, es decir, la perduración de la provincia nord-danubiana después del abandono¹⁵. En mi conciencia no sabía por qué había trabajado durante diez años; era el asunto que me interesaba. Pero al final me di cuenta que para mí la Dacia abandonada por el Imperio era la Rumania traicionada por Europa, que yo mismo había presenciado en 1944 como una repetición de los acontecimientos de 270.

Todo esto para probar el postulado del principio de que la historiografía es inseparable del historiador, de su personalidad y de los hechos que ha vivido en el siglo. De modo que todo lo que fue existe fuera del historiador, pero la historia no. Sus aventuras humanas pueden determinar su orientación, la elección de sus asuntos; lo que no quiere decir un influjo sobre la objetividad, que permanece limitada.

Todo lo que fue es histórico, pero ese todo no fue registrado en su totalidad. Hay casos en los que los acontecimientos no han dejado documentos, aunque para el historiador todos pueden serlo: túmulos, armas,

¹⁰ RENÉ GROUSSET, *Bilan de l'histoire*, París, 1946, p. 186.

¹¹ *La littérature latine inconnue*, París, 1952-56, 2 vol.

¹² *Les empereurs et les lettres latines d'Auguste à Hadrien*, París, 1940.

¹³ *Le silence, moyen d'expression*, "Revue des études latines", 21-22 (1943-44), pp. 102-120.

¹⁴ *Le sens de l'épithaphe ovidienne*, in: *Ovidiana. Recherches sur Ovide*, París, 1958, pp. 420-442. *Ovide le gétiqne*, "Atti del convegno internazionale ovidiano", Roma, 1959, 2, pp. 55-80 (= "Orpheus", Catania, 7, 1960, pp. 1-26). *Les trois exils de Cicéron*, "Atti del I convegno di studi ciceroniani", Roma, 1961, 20 p.

¹⁵ *La Dacie sans Rome. Études sur la permanence de la latinité carpatho-danubienne*, en manuscrito, Copenhague, 1967. Un capítulo fue publicado bajo el título: *Romania y barbaricum*, "Romanica", 1 (1968), pp. 131-157.

monedas, inscripciones, grabados, relaciones de testigos, hechos lingüísticos y onomásticos. Pero, como sólo una parte del pasado ha permanecido como documento, hay que resignarse a no saber *todo* lo que ha acontecido¹⁶.

¿De qué depende la conservación de los documentos? De la técnica de la difusión, en primer lugar, del "castigo de la derrota"¹⁷ y del azar caprichoso. Así es que debido a estos factores, para algunas épocas los documentos permanecen ausentes y para otras —es el caso de la época moderna— tenemos una riqueza exagerada de ellos. En el primer caso hay demasiado plazo para la hipótesis, en el segundo hay imposibilidad de hacer la síntesis. De modo que cuando la plétora de material impide la búsqueda científica porque los trabajos preliminares no están hechos, la probidad nos manda abandonar la investigación: el momento no está maduro.

Debemos recordar que somos hombres mortales y que es inmoral planear trabajos que no pueden alcanzar una vida humana. Un ejemplo típico es el del *Diccionario etimológico rumano*¹⁸. Situada en el punto de encuentro de las civilizaciones, la lengua rumana ha recibido influencias innumerables; para tratarlas son necesarios conocimientos tan varios que un solo autor no los puede poseer¹⁹.

Otro aspecto del problema es que los mismos documentos pueden servir para trabajos diferentes según el punto de vista. Y de aquí se extrae otro corolario: cada generación tiene que continuar este trabajo de Sísifo: escribir de nuevo la historia porque cambia la luz. Los documentos son los mismos, son dados una vez para siempre, y hay pocos descubrimientos sensationales, como fueron el desciframiento de la escritura hitita, los hallazgos del lineal B y los manuscritos del Mar Muerto.

Alcanzamos la tercera parte: la comprensión de los documentos²⁰. La primera exigencia es la *simpatía* hacia el hecho histórico. Un asunto no se puede tratar sino con amor. Hay en la vida científica la necesidad de

¹⁶ H. I. MARROU, *op. cit.*, pp. 68-96.

Véase la aventura terrible de la literatura latina: sobre 772 autores, 276 son para nosotros sólo nombres; de 352 conocemos únicamente fragmentos. Del resto, de 144 —es decir, el 20 % del total— poseemos una o varias obras. H. BARDON, *La litt. lat. in.*, 1, p. 13.

¹⁷ "Los odios partidarios han ejercido su propia nocividad: los memorialistas, los historiadores, los libelistas de los partidos vencidos han sufrido a través de la destrucción de sus obras el castigo de la derrota". H. BARDON, *op. cit.*, 2, p. 319.

¹⁸ E. LOZOVAN, *La lexicologie roumaine*, "Revue de linguistique romane", 22 (1958), pp. 120-140; 324-357. C. POGHIRC, *Problèmes actuels de l'étymologie roumaine*, "Revue roumaine de linguistique", 13 (1968), pp. 199-214.

¹⁹ La situación ha mejorado últimamente después de la publicación de algunos trabajos fundamentales de: H. Mihăescu, T. Papahagi, I. I. Russu, L. Tamás.

²⁰ H. I. MARROU, *op. cit.*, pp. 97-121.

tomar una posición crítica negativa, para rectificar errores. Pero al final uno se queda con melancolía. No hay crítica negativa sin tristeza²¹.

H. I. Marrou ha escrito su tesis sobre *San Agustín y el fin de la cultura antigua*²². Once años después ha dado un ejemplo casi único de probidad intelectual publicando una *retractación* en la que corrige lo que decía en su trabajo anterior²³. Tuvo el coraje de afirmar: "En mi juventud he escrito todo un capítulo que pretendía demostrar que San Agustín no sabía componer. Este juicio no expresaba otro sino mi incompetencia de joven bárbaro, ignorante y presuntuoso". Es un noble ejemplo que hay que meditar. De modo que la riqueza de la historiografía consiste en la apertura moral, en la modestia y la generosidad del historiador.

Todo trabajo histórico comienza con el examen de los textos. Es una crítica externa que concierne a la autenticidad del documento que utilizamos, su procedencia, etc., y otra interna que pertenece a su interpretación y a su credibilidad. Pero no nos olvidamos que en este recurrir a los documentos, especialmente para la historia antigua, hay siempre varios intermediarios. No usamos el texto directo. Raramente reproducimos la inscripción así como está *in situ*. Hacemos citas fragmentarias. Todos estos son factores que pueden hacer disminuir el valor del testimonio²⁴.

Veamos ahora la cuestión de la hipótesis, del concepto y de los esquemas en la historiografía. ¿Cómo organizar y presentar el material que está a nuestro alcance?

El historiador sigue una idea que ha descubierto en un día afortunado o que le ha sugerido un maestro generoso. Constituye un "dossier" de la cuestión, lee toda la literatura pertinente al asunto y formula una hipótesis. Y aquí empieza el peligro. Cuando vivimos durante años con una hipótesis, ésta vuelve a ser realidad para nosotros. Y de aquí el método casi se determina. Porque existe la tendencia inconsciente de eliminar los documentos que van contra la hipótesis, de hacer una selección de aquellos que son favorables para ésta. Además se puede exagerar la importancia de un hecho, de ponerlo en la luz y se olvida que un solo testigo no tiene valor, según el principio que han formulado los antiguos. Todo esto no significa falta de honestidad; no es una falsificación resuelta sino pecado por silencio y selección²⁵. De aquí la obligación de defendernos contra nosotros mismos, de confrontar todos los argumentos posibles. Pero no se debe caer

²¹ Cf. mi estudio: *L' "union linguistique" comme hypothèse de travail*, "Bollettino dell'Atlante linguistico mediterraneo", 8-9 (1966-67), pp. 27-38.

²² *Saint Augustin et la fin de la culture antique*, París, 1938.

²³ *Retractatio*, París, 1949.

²⁴ H. I. MARROU, *De la connaissance historique*, pp. 68-98.

²⁵ *Ibid.*, pp. 122-145.

tampoco en la hipercrítica, más allá no se alcanza sino la esterilidad. Ser cauto y sincero consigo mismo y dejar siempre la posibilidad de la duda y del error.

Para facilitar la clasificación del material, el historiador usa de conceptos²⁶. Nosotros decimos: Prehistoria, Antigüedad, Edad Media, Moderna. Pero éstas son esquemas, no son realidades. Cuando el *basileus* Constantino XI Dragases murió combatiendo sobre las murallas de Constantinopla en la mañana del 29 de mayo de 1453, no lejos de la puerta San Román, él no sabía que así se acababa la "Edad Media".

El ejemplo más vulgar es el del marxismo y de su "periodización" que ha establecido la evolución de la sociedad en concordancia con los medios de producción: comuna primitiva, feudalismo, capitalismo, etc. Son categorías válidas hasta el punto en que son aceptadas como auxilios de trabajo, pero lo escandaloso resulta cuando uno se refiere a estos conceptos como a realidades. El postulado vuelve a ser dogma.

Cuando se trabaja mucho tiempo en el mismo asunto somos recompensados: al final las ideas se cristalizan. Pero aquí está también el peligro porque "la precisión aumenta a costa de la certidumbre"²⁷. Somos más precisos, somos menos ciertos. Y de aquí la orden de parar la búsqueda; allá espera el escepticismo final. Debemos darnos cuenta que nunca podremos describir el pasado tal como fue realmente.

Hagamos un resumen. He dicho que el historiador es un hombre de su época, determinado por sus aventuras humanas e intelectuales; que los documentos son imperfectos, pocos o demasiado ricos; que nuestra comprensión del pasado es limitada. He mostrado los vicios de las hipótesis y de los esquemas, que son útiles para la búsqueda pero que la imaginación no debe tornarlos en realidad.

¿Y cómo es posible, en este caso, alcanzar la verdad histórica?²⁸ En primer lugar, con humildad por parte del historiador, del que sabe que su explicación no es la única. Y aquí podemos mencionar la impertinencia de los sistemas de explicación totalitaria, y el estructuralismo es uno de aquellos sistemas impertinentes y antihelénicos por definición —porque está cargado de ὕβρις—. Otro ejemplo puede estar en las causas de la caída del Imperio Romano. ¿Fue el asalto de las milicias "proletarias", según Rostovtzev? ¿Fue la exterminación de las élites, como quiso demostrar Otto Seeck? ¿Fue el impacto de los pueblos bárbaros (Altheim), fueron las

²⁶ *Ibid.*, pp. 146-168.

²⁷ *Ibid.*, p. 281.

²⁸ Cf. PAUL RICOEUR, *Histoire et vérité*, París, "Éd. du Seuil"; H. I. MARROU, *ap. cit.*, pp. 222-244.

“contradicciones” internas, como dogmatiza el marxismo? ¿Roma fue asesinada? (Piganiol). Fueron cada una y todas estas causas²⁹.

La realización de la obra histórica es de lo más difícil; de ella no se puede dar un *vademecum* de cómo escribirla³⁰. Ya he mencionado el consejo de parar la búsqueda en el momento cuando uno se da cuenta que más allá está la esterilidad. Además, hay que sacrificar fichas e ideas: en un estudio no se puede decir *todo* y tampoco podemos reproducir la carrera de nuestro razonamiento. Todo lo que pensamos no merece estar expresado³¹ y todo lo que expresamos no merece estar escrito, publicado; es para respetar su tiempo y también el del lector. El balance hay que establecerlo entre la concisión sin mutilación y entre la riqueza sin plétora de material.

El último hecho al que quisiera aludir es la belleza de la presentación, aunque en este siglo debemos ambicionar escribir la historia con esfuerzo literario como la escribían Michelet y Fustel de Coulanges. Según una bella formulación de N. Iorga: *Hay que tener mucho talento poético para estar más cerca de la verdad*³².

E. LOZOVAN

Universidad de Copenhague

²⁹ Últimamente: SANTO MAZZARINO, *La fine del mondo antico*, Milano, 1959, “Garzanti”.

³⁰ H. I. MARROU, *op. cit.*, pp. 277-289.

³¹ H. BARDON, *art. cit.*, REL, 21-22, p. 120: “todo lo que expresamos no es todo lo que sentimos y todo lo que pensamos”.

³² N. IORGA, *Generalităţi cu privire la studiile istorice*, Bucarest, 1944, p. 348.

Ya en 1865, B. P. HASDEU escribía en el prefacio de su *Ioan-Vodă*: “El historiador es al mismo tiempo obrero y artista”.